

LA MADRE DE FAMILIA.

REVISTA
MORAL Y RELIGIOSA

CON LA
aprobación eclesiástica
y bajo la dirección
DE
E. Lozano de Vilchez

Granada.—Darro de
Campillo, 15.

Contendrá artículos de costumbres, novelas, poesías, sección doctrinal, y cuanto juzguemos á propósito para la instrucción religiosa, la enseñanza y el recreo.
Este periódico saldrá los días 8, 14, 23 y 30 de cada mes, y constará de ocho páginas en igual tamaño al de este prospecto.



SU PRECIO
ES EL
DE UN REAL AL MES
EL MÁS BARATO
que se publica en España.

Los pagos se harán de cuatro en cuatro meses para facilitar de este modo á los señores suscritores la adquisición de las tarjetas establecidas para pago de periódicos, que se expenden en todos los estancos; admitiéndose también en sellos de franqueo de 10 y 15 céntimos, prefiriéndose siempre, donde las haya, las letras del Giro mútuo.

Suplicamos á los señores que quieran suscribirse, que al darnos el aviso marquen bien su nombre, pueblo de su residencia y provincia á que pertenece.

28 de Febrero de 1879. DIRECTORA, ENRIQUETA LOZANO DE VILCHEZ. Año IV. Número 40.

INTERESANTE.

Queriendo cumplir nuestros compromisos como siempre lo hemos hecho, y que en primeros de Mayo tengan nuestros suscritores en su poder todos los números ofrecidos, en el próximo reparto

les remitiremos los ocho que les faltan para completar el 4.º año de nuestra publicación.

También al principiarse el 5.º, haremos algunas mejoras que creemos verán con gusto, y que les probarán nuestro afán de complacerles.

SUMARIO.

Sarai, por D.^a Enriqueta Lozano de Vilchez.—Seraphia, por don J. M. G.

SARAI

(CONCLUSION.)

II.

Sarai, á quien el esposo ofendido arrojara de su hogar, no fué recibida en él de nuevo, á pesar de sus lágrimas y su arrepentimiento.

La sociedad la rechazaba, el que le habia dado su nombre lanzaba sobre su frente el padron de su ignominia, y á donde quiera que volvía los ojos, solo hallaba desvío y desden y vergüenza.

Un solo corazon, un corazon que está siempre dispuesto á amar y perdonar, en el cual no se agotan nunca los gérmenes de la ternura y la piedad, porque Dios puso en él las fuentes del sentimiento, y la abnegacion y la indulgencia: el corazon de una madre en fin, fué el único asilo donde la infeliz jóven pudo acogerse y llorar libremente, segura de que su duelo encontraba compasion.

La anciana Noemi, llevó pues consigo á su hija, y ocultándola á la vista de todos en el mas apartado camarín de su modesta casa, la indemnizó con su cariño y su cuidado, de la consideracion que por todas partes le negaban.

La jóven hallábase sola y preocupada con los recuerdos de los sucesos recientes, en aquella estancia á donde no llegaban los ruidos de la ciudad, y si solo el rumor de la brisa que hacia estremecer las ramas de los árboles del pequeño huerto, ó el canto de los ruiseñores que tenían allí su nido.

Sarai, con los hermosos cabellos destrenzados, sin velo, sin joyas, con la túnica azul plegada modestamente sobre el seno, las blancas manos cruzadas sobre las rodillas y la frente inclinada bajo el peso de un tenáz pensamiento, se asemejaba á la estatua de la meditacion, y aparecia mas hermosa que en los dias de su alegría y de su brillo.

Así hubiera permanecido mucho tiempo aún, si la puerta de la estancia abriéndose lentamente no diese paso á una mujer que penetró en ella, acercándose á la jóven.

Aquella mujer era su madre.

Venia pálida, agitada y llorosa, y en su venerable semblante se veian pintados el terror y la angustia mas estremada.

Dejóse caer en un sitio, mientras Sarai se levantó presurosa y corrió hacia ella preguntándola con trémulo acento:

—¿Qué tienes, madre, por qué vienes tan azorada?

—Las calles de Jerusalem se hallan en este instante invadidas por una multitud de samaritanos y fariseos, que viniendo á celebrar la Pascua, son testigos y reos de un crimen inaudito, de una traicion espantosa.

—Cómo! qué es lo que quieres decir?

—Jesús, el justo, el maestro, el que ha derramado á su paso la salud y la vida y la esperanza; el que ha enseñado los caminos del perdón, y nos ha abierto con su palabra los senderos de una existencia nueva, y eterna é inacabable: el que con una palabra hizo retroceder á los que querian esterminarte.....

—Y bien, ¡acaba! ¿que daño amenaza al que solo favores sabe dispensar? preguntó Sarai con voz anhelante y sintiendo penetrar en su alma un siniestro y vago terror.

—Ha sido acusado y sentenciado á morir en la cruz!

—Acusado! y que mal les ha hecho? repitió la jóven con un arranque generoso ¿que mal les ha hecho, él viene á derramar en ellos la luz?

—Oh! no lo sé! respondió la anciana Noemi, solo puedo decirte que ha sido llevado entre una turba feroz á la presencia del Pontífice, que este le envió á Pilatos, y que entre los centuriones y el populacho, y los pregoneros y los verdugos, marcha en este momento agobiado bajo el peso de una cruz, al lugar del suplicio.

—Tu lo has visto!

—¡Ay de mí! ojalá mis ojos no se fijaran nunca en su semblante.

—Por qué, por qué? preguntó Sarai con voz agitada.

—Oh! tú no sabes, no puedes comprender las huellas que la barbarie á dejado sobre el Justo. Sus venas rotas dejan correr doquiera la sangre, su rostro está cárdeno y demudado por la fatiga y por los golpes, sus ojos empañados, sus labios secos, sus manos sin fuerzas..... Oh! Sarai, Sarai, aquella vista causa horror.

—Y le llevaban....?

—A las afueras de Jerusalem, á la cumbre del Gólgota.

—Que horror, que horror! murmuró la jóven cubriéndose el semblante con ambas manos, que horror!

Y guiada por un impulso irresistible, dejó su asiento y con un movimiento rápido y convulsivo, tomó su velo y le colocó sobre la sien.

—Donde vas, que intentas? preguntó Noemi sobresaltada, viendo el movimiento de su hija.

—Oh! gritó esta con una explosión de dolor infinito, ¿no recuerdas que le debo la vida? no sabes que su mirada penetrando en mi corazón á deramado en él mundos de fé, de esperanza y de amor, imposibles de explicar ni de comprender? ¿no sabes, madre, que desde el día en que apoyó su mano sobre mi frente, mis pensamientos se han purificado, y mi alma regenerada y salva no tiene ni aspiraciones, ni sueños ni deseos que no vayan á morir á sus piés? Y dices que van á matarle! Ay! á lo menos yo corro á su encuentro, yo quiero mirarle una última vez!

Noemi, intentó en vano disuadir á su hija de de aquel propósito: todo fué inútil! La jóven sin oír sus palabras, marchó presurosa, dando tiempo á su madre de seguirla tan solo.

Las dos mujeres al salir á la calle se encontraron bien pronto arrastradas por la multitud, que dando gritos y corriendo afanosa, se dirigía desde el Pretorio por calles y plazas á las afueras de la ciudad.

Las primeras horas de la mañana habían pasado ya, y por consiguiente á pesar de lo penoso de la marcha, Jesús, Dimas y Barrabas, hacia largo tiempo que cruzáran las puertas de Jerusalem y emprendieran la penosa senda que conduce al monte de las Calaveras.

Sarai, pues, á lo lejos, muy á lo lejos, escuchó el griterío de la turba, las voces de mando de los centuriones, las amenazas, las blasfemias de un populacho desenfrenado, á los que de vez en cuando dominaba el sonido de la trompeta que imponía silencio á la multitud, para dejar oír el pregon lanzado á los cuatro vientos, condenando á Jesús Nazareno á la afrentosa muerte de la cruz.

Sarai oyó turbada y muy confusamente aquellos ecos, y agitada y temblando como la hoja del árbol combatido por la tempestad, dudó entre avanzar ó retroceder, por aquellas calles ya casi desiertas.

El afán de su corazón pudo mas sin embargo que su espanto, y sobreponiéndose á él, emprendió de nuevo la marcha.

Seguida de Noemi, y protegidas por la confusión que reinaba en la ciudad de David, cruzaron el espacio que las separaban de las puertas de la población y salieron al campo con la esperanza de alcanzar á la triste comitiva, antes de que es-

tuviera cumplida la bárbara sentencia dictada por los judíos.

Sarai, sin aliento, pálida y con los ojos llenos de espanto, siguió la senda que conducía al monte y por la que un momento antes había pasado Jesús.

De pronto se detuvo y volvió la vista á su madre que la seguía muy de cerca, señalando con su dedo rígido y helado la tierra en que iban á apoyar el pié.

Aquella tierra estaba manchada de sangre, pero la estremecida Sarai no podía pronunciar una palabra para manifestar su horror.

—Volvamos á Jerusalem, murmuró Noemi viendo la angustia de su hija, huyamos de este cuadro espantoso! Esas fieras no tienen misericordia ni piedad.

—No! murmuró Sarai, yo quiero verlo, sigamos, madre mia.

Las dos mujeres volvieron á emprender su marcha, y algunos instantes despues llegaban á la cumbre del Calvario, confundidas entre la multitud que había acudido allí de todas partes.

La jóven miró con ansiedad en torno, pero ¡ay! que su corazón latió con violencia y se cubrió el rostro con las manos, lanzando á la par un ahogado grito.

¿Qué había visto, que había visto para estremecerse así?

En un lado una cruz tendida en tierra, en la cual los verdugos se afanaban por clavar un barreno, mientras que otros hacían en la tierra un hueco para fijarla sin duda despues.

Cerca de ella, encojido por el rubor, desnudo, ensangrentado, con el blondo cabello empapado en sudor y lleno de tierra, con los ojos cegados casi por la sangre que brotaba al par de cien heridas hechas en la frente por una corona de espinas, temblando de vergüenza y de dolor, replegado sobre sí mismo, por que no tenía un giron de grosera tela con que cubrir su cuerpo desnudo, con las manos plegadas en señal de humildad, rodeado de sayones, y objeto de sus burlas y de su escarnio, estaba Jesús, el dueño de la vida, su defensor, su salvador, el que con una palabra, había disipado la turba que la perseguía, y con una mirada encendido en su corazón la ardiente llama de la fé.

Oh! Sarai, creyó morir de pena, al encontrarse de aquel modo.

Quiso acercarse, y cubrirle al menos con su cuerpo, púss el instinto de su alma, la dijo que en aquel momento el dolor mas cruel de Jesús, era la confusión de verse desnudo, pero los cen-

turiones la rechazaron y no la permitieron llegar hasta Él.

Entonces con un movimiento rápido, arranco el blanco velo que envolvía su frente y lo arrojó á los piés de Jesús, que lo tomó clavando en ella una mirada dulcísima, y lo ciñó á su cintura exhalando un profundo suspiro de bienestar y gratitud.

Un murmullo de compasion llamó hacia otro lado la atencion de Sarai, y volviendo hacia allí los ojos, pudo ver una mujer, á quien un galileo y una jóven hermosísima pugnaban por arrancar de aquel sitio.

¡Aquella mujer era María, aquella mujer era la madre de Jesús!

Sarai corrió en pos, y vió que la conducian á una gruta cercana, sin duda para que no muriera de dolor ante aquellos crueles preparativos.

La jóven la siguió algunos pasos sin aliento y sin fuerzas tambien: no sabia ¡ay! no sabia cual de aquellos dolores heria mas vivamente su corazon.

—Huyamos, huyamos de aquí, exclamó Noemi, tan aterrada como su hija, huyamos de aquí: esto es espantoso!

Sarai quizá iba á obedecer aquella voz, porque sentia desfallecerse, alzó la vista para fijarla por última vez en su libertador y quedó inmóvil, con la sangre cuajada en las venas.

Porque Jesús, el dueño de la vida, el que con una palabra habia dado la existencia á la existencia misma, el que habia encendido el sol con la lumbrera de sus ojos, el que habia dado movimiento y valla á las olas del mar, y luz al rayo, y voz á la tormenta, y alas á los vientos, y poderosa fuerza al vendaval, era elevado en aquel instante sobre la cruz, como la hostia propiciatoria que habia de aplacar las iras del Eterno, borrando con sus tormentos el pecado de los hombres.

Sarai oyó el clamor que de todas partes se levantaba ante aquella vista: percibió los gritos de gozo de los unos, los gemidos de compasion de los otros... sintió que la tierra se estremecia bajo su piés, que el espacio se oscurecia en derredor.... vaciló un instante y cayó sin sentido en brazos de su madre que apenas tuvo tiempo para recibirla en ellos.

Algun instante despues, aquella muchedumbre que en son de triunfo y alegría habia subido á la cima del Calvario, bajaba huyendo y desparvorida, arrastrando en su revuelta confusion las centurias de los sayones, los soldados, los estandartes, las águilas del imperio, las lanzas,

las picas, ¡todo en fin! como arrastran las olas de una corriente enfurecida los árboles, los edificios, los muros, las vallas, y cuanto intenta oponerse ante su paso!

Ay! era que el universo estremecido, espantado, protestaba de aquel crimen, agitándose en horribles convulsiones y ensombreciendo la luz de sus brillantes luminaires.

Noemi, aterrada y sin saber donde librarse de aquel caos, hizo un poderoso esfuerzo, apartó á Sarai del camino, y dejó pasar el tropel que huia sin saber á donde.

¡La jóven desmayada aún, no pudo contemplar aquel horror!..

Cuando volvió en sí era ya tarde: las primeras sombras de una noche prematura se extendian por el cielo y algunas estrellas sin brillo empezaban á aparecer en el extenso firmamento: todo era soledad y silencio y oscuridad.

Entonces probó á levantarse y sintió que le faltaban las fuerzas: sin embargo, era preciso partir, era preciso volver á Jerusalem.

Su anciana madre la conjuró para que se sobrepusiera asimismo, y ofreciéndola apoyo en su brazo, tan débil ya por el peso de los años, consiguió alzarla del suelo, y ambas emprendieron la marcha por la senda que conducia á la ciudad.

El viento silvaba medrosamente entre las ramas de los desnudos árboles, y de vez en cuando la luz cárdena y verdosa del relámpago rompía un momento las tinieblas para hacer mas intensa la oscuridad, mientras á lo lejos, muy á lo lejos las aguas del Jordan parecian modular un quejido de agonía, al rodar lentamente por su cauce de arena.

Sarai tenia miedo, el espanto de la noche y la tormenta, se unian al espanto de la muerte en torno de ella.

Por eso sin duda aceleraba el paso á cada momento, sin cuidarse de las gruesas gotas de agua que caian de las nubes sobre su cabeza sin velo.

Pero en medio de aquella marcha que tenia en su rapidez algo de huida, se detuvo un momento y estrechando el brazo de Noemi.

—Madre mia, la dijo, mira allí.

La anciana obedeció, y distinguió entre las tinieblas un grupo formado por algunas sombras confusas que avanzaban lentamente por el mismo camino.

Las dos se detuvieron, y aguardaron sin saber que partido adoptar.

—Quiénes serán? murmuró en voz muy baja Sarai.

—No sé, hija mía, dejémosle pasar, si te causan miedo.

Estrecháronse una contra otra y esperaron sin atreverse á respirar.

Algunos momentos despues, el grupo que habian visto á lo lejos, cruzaba junto á ellas y le pudieron distinguir.

Un galileo de poca edad al parecer, por su aspecto y su paso firme, y una jóven destocada y con el cabello en desorden, sostenian á una mujer cuya cabeza inclinada la hacia asemejarse á un hermoso lirio doblado por la tempestad.

Un relámpago, mas claro que los otros, iluminó un momento el espacio, y quebró su luz en la blanca frente de aquella mujer.

Sarai dió un grito, y exclamó presa de una emocion imposible de describir.

—Su madre! y arrancándose de los brazos de Noemi, corrió en pos de María, la madre de su salvador.

Porque era Ella, la reina de los ángeles, la que acababa de ceñir á sus sienes la corona del martirio! Era María, que despues de presenciar la muerte de su hijo, volvía á Jerusalem, sola, abandonada, sin hogar, sin pan, sin familia, á buscar un asilo en casa de Juan, el discípulo mas amado.

Y ¡ay! que ni en las sombras, ni en los espacios, ni en la muerte, habia tanto dolor como en el alma desgarrada de aquella madre sin ventura.

¡Ay! que el negro crespon que cubria sus sienes era menos sombrío que la dolorosa y profunda soledad de aquel corazon sin esperanza.

Sarai se cruzó ante su paso y dejándose caer de rodillas á sus plantas, besó la orla de su negra túnica.

—Que quieres, mujer? preguntó María con voz doliente, que quieres de mí, si desde hoy en adelante los hombres, y los ángeles, me han de llamar desventurada?

—Oh! murmuró Sarai deshaciéndose en llanto, oh! que yo solo anhele llorar á tus piés.

—Quién eres?

—Una mujer adúltera, regenerada por su bondad!

—Él, me acaba de nombrar madre de los pecadores, ven conmigo, hija mía, y lloraremos juntas, murmuró la marchita rosa de Nazaret.

Sarai sintió en su alma una emocion desconocida!

La madre de Jesús acababa de llamarla «hija mía,» y ante esa dulce palabra un cielo de inmensa ventura habia inundado su pobre corazon.

Á las lágrimas de duelo se mezclaron las lágrimas de alegría, y aquel doble bautismo de

llanto ardoroso, acabó de purificar la conciencia de la pecadora regenerada.

Se olvidó para siempre de todo cuanto en el mundo la habia rodeado, y ofreció consagrarse en adelante á la madre que la acababa de adoptar.

Colocose al lado de Magdalena, y la triste comitiva entraba á poco en las desiertas calles de la ciudad Deicida.

La casa de Juan, era estrecha, era pobre, era fria.

Pero mas desierto y mas sombrío y mas lóbrego, estaba el corazon de la que amparada por la caridad, iba á tenerla por albergue en adelante.

María penetró en ella transida de dolor, sin lágrimas ya en los ojos, sin vida en el alma ya.

Nada veía de cuanto la cercaba en torno, su mirada no tenia en el mundo luz.

Atraida por una fuerza irresistible cruzó la estancia que debia aposentarla, y dirigiéndose á la única ventana de donde tomaba claridad, la abrió de par en par sin pensar en el viento ni en la lluvia que azotaba sus sienes.

Desde aquella ventana se veía á lo lejos, muy á lo lejos la cima del monte Calvario ¡ay! desde allí la pobre madre podria distinguir todos los dias el sitio en que su hijo habia sido crucificado.

María cayó de rodillas ante aquella abierta ventana, estendió los brazos como si hubiera querido estrechar en ellos la cruz que aun se alzaba sangrienta en el Gólgota, y murmuró con apagado acento:

—Hijo mio!

Juan y Magdalena y Sarai corrieron hacia ella para prestar consuelo á aquel insondable pesar, pero aquel pesar no tenia consuelo!

María, olvidandose de sí misma, pensó sin embargo en los que ya eran sus hijos, y quiso que la dejaran sola para evitarles el espectáculo de su dolor.

Pero todos se negaron á abandonarla, todos se juraron á sí mismos no separarse de ella jamás.

Y así lo cumplieron.

El discípulo amado fué desde aquel dia un tierno hijo para la madre de Jesús, Magdalena vivió á su lado tambien, puesto que sobre la tierra Ella era todo cuanto le quedaba de su divino maestro, y Sarai olvidándose del mundo, de su familia, de su hogar, pasó el resto de su vida en servir y acompañar á la que su Salvador la habia legado como madre.

Algunos años despues, cuando María dejó este

valle de lágrimas, y cerró sus ojos al mundo en la ciudad de Efeso, Sarai estuvo á su lado, escuchó sus últimas palabras, recogió su último suspiro y recibió la postrera bendición de aquella mano inmaculada.

María también la dejó en herencia la esperanza del cielo, que Jesús había conquistado para los pecadores arrepentidos que, como ella, habían borrado sus culpas con la penitencia y el amor.

Después de perder á su amorosa Madre, Sarai, la mujer adúltera en quien el Señor había manifestado su indulgencia y su amor á los pecadores, volvió á Jerusalem; quiso ver antes de morir el sepulcro de Jesús, y un día la encontraron reclinada y sin vida junto á aquella losa, con la cabeza apoyada sobre la piedra que había tocado el sagrado cuerpo del hombre-Dios.

Su alma, rotos los lazos que la ligaban á este mundo, había subido á los cielos á cantar la misericordia de Aquel, que si tiene blancas cetonas para la pureza y la inocencia, tiene también hermosas palmas para el arrepentimiento y la contricción.

Enriqueta Lozano de Vilchez.

SERAPHIA.

—Ya estamos en Roma.

El hombre que acababa de pronunciar estas palabras, y que por sus vestidos dejaba conocer que era un libertado, se aproximó á una litera que escoltaba y cuyas cortinas entreabrió. Asomóse una mujer y después de contemplar el paisaje, chispeante bajo los rayos del sol de mediodía, exclamó:

—Roma es hermosa... veo brillar encima de sus palacios destruidos, de los templos reducidos á polvo, el signo libertador que le asegura el imperio eterno sobre las naciones.

—¿Que signo, mujer?

—El signo de la cruz, sobre el que murió el Señor.

El libertado, para quien estas palabras no tenían sentido alguno, se encogió de hombros. Dejó caer las cortinas, y bien pronto la litera tomó el camino del monte Palatino. Al llegar al palacio que ocupaban los emperadores, se detuvo un momento, y un libertado que pasaba se acercó al conductor y le dijo:

—César ha hablado de tí: hasta ha hecho, dicen, un voto á Esculapio, á fin de acelerar tu feliz venida. Ya ves, Lucio, que te es propicia la fortuna.

—Esos votos se dirigen á los dioses por esta mujer, que traigo desde el fondo de la Judea, llevando en una cajita un talisman que debe curar al emperador.

—Apresúrate: en ese caso, las puertas te serán abiertas, y César, que no recibe ni al Senado, ni á los hijos de Germánico, ni á Agripina su madre, ni al mismo Sejano, te recibirá á tí y á tu matrona judía.

Lucio hizo bajar de la litera á la desconocida, quien después de envolver con piadoso cuidado en los pliegues de su manto una cajita, siguió á su conductor. Ambos atravesaron largas galerías y á poco se hallaron en un aposento, en que reinaba tan débil claridad que apenas dejaba ver á un hombre recostado en un lecho.

Lucio le dijo algunas palabras en voz baja y en la actitud del mas profundo respeto: después hizo que se acercara su compañera y desapareció.

Apoyado el enfermo sobre almohadones, pálido, abatido y pareciendo no tener vida mas que en su mirada clara, penetrante y temible, se incorporó y fijó en la judía sus ojos, en los cuales brillaba la esperanza, mezclada á una vaga y feroz inquietud.

La judía había ya pasado la mitad de su vida: encanecidos cabellos rodeaban su pálida y apacible frente, su rostro, cubierto de tristeza, tenía sin embargo una inefable expresión de paz y serenidad: belleza interior, reflejo del alma, que hacia olvidar los estragos del tiempo y del infortunio. Majestuosa y tranquila permanecía de pié, sin turbarse delante de aquel hombre, no obstante, que era el Señor del mundo, el sucesor de Augusto, Tiberio.

—¿Cual es tu nombre? dijo mirándola siempre con aire receloso.

—Seraphia, hija de Sophar y mujer de Sirach.

—¿Eres judía?

—Pertenezco á la tribu de Leví: he practicado la ley de Moises hasta el día en que conocí á Cristo, mi Señor, y que encontré en Él el cumplimiento de las promesas hechas á Abraham, nuestro padre: desde aquel día, señor, observo sus mandamientos y he puesto en él toda mi esperanza.

—¿Tu Cristo es enemigo de los príncipes y de los emperadores?

—¡Él, Señor! ¡Él, que tantas veces ha repetido que su reino no era de este mundo! ¡Él, que ha huido y se ha ocultado del pueblo que queria hacerle rey! ¡Él, que ha escitado el celoso odio de los fariseos, al decir á sus discípulos: «dad al César lo que es del César!»

—¿Conque sus discípulos obedecen al emperador?

—Reverencian á César como un señor dado por Dios mismo; le quieren como un hermano.

—Sí, lo sé, respondió el emperador: Cristo era verdaderamente un enviado de los Dioses, y ya sabrás que instruido de su muerte y de su inocencia, he quitado á Poncio el gobierno de la Judea.

—¡El Señor ha juzgado á Poncio! dijo Seraphia en voz baja.

—¿Sabes, preguntó Tiberio, por qué te he llamado? Porque deseo que me digas todo cuanto tiene relacion con Cristo: habla sin temor... y si la cajita que veo bajo tu velo encierra el tesoro que quiero contemplar, depositala sobre ese altar, bajo la custodia de mis dioses domésticos.

—Eso no puede ser, dijo Seraphia; no hay alianza entre Cristo y Belial.

Despues colocó la cajita sobre una mesa de madera de sándalo, se recogió un instante y orando con el espíritu y el corazón, habló así:

—Fuí casada jóven con Sirach, miembro del Consejo del Templo, y nuestra union fué bendecida por el nacimiento de dos niños: vivíamos felices, llenos de confianza en Dios y deseando con ardiente afán la redención de Israel. Como todos los fieles hebreos, aguardábamos en un tiempo poco remoto la venida del Mesías libertador: las 70 semanas de Daniel se habian cumplido; el cetro no se hallaba en la casa de Judá; las profecias dadas á nuestros padres se habian verificado, y á la ley dictada sobre el Sinaí sucedia una ley de gracia, de misericordia y de amor: iban á abrirse los cielos; iba á bajar el justo sobre la tierra cual un rocío largo tiempo esperado.

Un día se difundió el rumor de que se habian oido nuestros votos: los fieles israelitas se decian:

—Nos ha nacido un niño María, la esposa de José, es bendita entre todas las mujeres, porque ha dado á luz el deseado de las naciones.... Reyes venidos del extremo del Asia han acudido á adorarle y le han ofrecido el incienso, el oro y la mirra....

Ya nos regocijábamos y celebraban nuestros corazones las conquistas de aquel rey que debía someter todos los pueblos á su imperio, cuando el cruel Herodes hizo matar á todos los niños, á fin de hacer perecer al Mesías.....

—Me acuerdo de que, al saber aquella matanza, habia escrito César Augusto: «mas vale ser puerco de Herodes que hijo suyo» dijo el emperador con una sombría sonrisa. Ya sabrás que dos de sus hijos fueron comprendidos en la degollacion de los inocentes.

—¡Verdad es! Verdugo de todas las madres, no perdonó ni su propia sangre.... Pasáronse largos días, y nuestros vacilantes pasos no se apoyaron sobre esos hijos respetuosos que son la corona de la ancianidad. Mi marido, mas agobiado de pesares que de días, murió

con el corazón lleno de alegría, como el viajero cansado que llega al término de su carrera. Yo sola quedé en la casa muda que el compañero de mi vida habia abandonado para siempre, y vivia en la oracion y en las lágrimas.

Por este tiempo una de mis parientas que habitaba en el país de Sidon, vino á visitarme y me sorprendi al verla por que hacia mucho tiempo que la tenia en cama una grave enfermedad. Parecia fuerte y llena de salud.

—Un gran profeta ha venido entre nosotros, me dijo; escucha lo que ha sucedido.

Me hallaba enferma hace doce años y no esperaba en mi curacion, cuando oí repetir que Jesús de Nazaret hacia las obras de Dios y curaba por su palabra, su tacto, su sola voluntad á todos los enfermos que llegaban á sus piés. Sin duda uno de los espíritus que están delante del Señor me prestó su apoyo y me condujo cerca de Jesús á quien ví con su majestuosa frente y con su mano levantada para bendecir. Me postré detrás de él, y llena de deseo de ser curada toqué la orla de su túnica... En el mismo instante me encontré curada, y el maestro, volviéndose, dijo en alta voz:

—¿Quién ha tocado mis vestidos?

Sus discípulos le respondieron:

—¿Maestro, la multitud os rodea por todas partes y preguntais quien os ha tocado?

Empero Jesús dijo:

—Alguno me ha tocado, por que una virtud ha salido de mí.

Entonces me arrojé de nuevo á sus piés y confesé el deseo que me habia llevado á tocarle, y Jesús me dijo con gran mansedumbre:

—Vete en paz, hija mia, tu fé te ha curado.

Desde aquel día no padezco mas: el Señor es grande en su misericordia y ha llegado el tiempo en que la paz y la justicia se den un ósculo de paz.

Tal fué, señor, la relacion de mi amiga. Desde que la oí, concebí tambien el deseo de ver y de oír á Jesús por quien mis hijos habian sido inmolados en su cuna. Supe que se dirigia hácia Jerusalem, y me mezclé á la muchedumbre que de día y de noche le seguia, y que por recoger el maná de sus palabras olvidaba el alimento de su cuerpo.

Confundida con aquellos pobres que evangelizaba, oí sus enseñanzas: no os las repetiré, señor; las obras de mi Dios hablarán al emperador, y tal vez entonces querrá conocer las leyes de aquel divino maestro, de aquel Verbo eterno, de aquella sabiduria encarnada, bajada de los cielos para iluminar á todas las criaturas. Mi dolor se convirtió en alegría, mi abatimiento en esperanza, y un himno de gozo se alzó en mi corazón hacia mis hijos inocentes, gloriosos mártires de Cristo

y hacia mi esposo, que tanto había deseado al santo de Israel. Temores demasiado legítimos para Jesús turbaron solo mi serenidad: él mismo había pronosticado su próximo fin.

Era hacia la época en que los judíos celebraban la Pascua: la víspera del sábado..... desde por la mañana, Jerusalem no fué mas que un motin, una sedición..... Jesús, vendido por uno de los suyos, acababa de ser entregado al príncipe de los sacerdotes... Con el corazón desgarrado de angustia, escuche la relación de los ultrajes de que había sido objeto aquel Rey de los reyes en casa de Caifas... De hora en hora, nuevas noticias llegaban á mi oído: el gobernador de la Judea acababa de enviar á Jesús al Tetrarca Herodes... ¡Este rodeado de una insolente corte se había burlado del hijo de Dios, quien, arrastrado delante de Pilatos, sufrió el castigo de los esclavos y una soldadesca cruel coronó de espinas al Dios, que se había hecho hombre para salvar á los hombres! Habiendo Pilatos cedido vergonzosamente á los furiosos del pueblo, había querido lavar sus manos de una sangre que le cubrirá para siempre, y había llevado á la muerte á Jesús, quien pacientísimo, sumiso, parecía sentir por sus infames verdugos un amor mas fuerte que la muerte!

Estaba pronunciada la sentencia: ya la comitiva se dirigía al Gólgota..... iba á pasar por delante de mi casa y me coloqué en el dintel de la puerta. Vi á los fariseos henchidos de una sanguinaria alegría precediendo á caballo la marcha del Justo, agobiado bajo el peso de la Cruz. Vi á Poncio Pilatos con el rostro palido, vi hombres con aire salvaje, que llevaban, riendo, las escaleras, las cuerdas y los clavos... Un populacho, sediento de sangre, llenaba la calle y ocultaba á Jesús á mis miradas... Por último, le ví ensangrentado, con el rostro cubierto de asquerosas salivas, conservando la vida por un divino esfuerzo y vacilando bajo el enorme peso con que habían cargado sus heridos hombros.

No pude contenerme á aquella vista: me dirigí hacia Jesús, y quitándome el velo, caí á sus piés y le dije:

—Permitidme enjugar el rostro de mi Señor.

Tomó Jesús el velo, le aplicó sobre su rostro y me le devolvió dándome las gracias. Estreché el velo contra mi pecho y me oculté en mi casa perseguida por las imprecaciones de la muchedumbre, teniéndome por dichosa de tomar parte en el cáliz del Señor. Desplegué aquel velo: llena de alegría, de terror, de ternura, ví que Jesús, usando de su supremo poder en favor de una pecadora, había impreso sobre aquel lienzo su rostro, tal cual yo acababa de verlo desfigurado y sangriento. Tres horas despues todo se había consumado... Jesús había muerto... y el mundo estaba rescatado.

—Mujer, enséñame ese velo! dijo bruscamente Tiberio.

—Vedlo, señor, respondió Seraphia, abriendo con una llave de plata su cajita de cedro, de la cual sacó un largo velo de lana blanca y desplegándolo á los ojos del emperador, añadió interiormente,

—Dios mio, mostrad vuestro poder!

El milagroso velo llevaba la huella de una ensangrentada faz, rodeada de una corona de espinas, y cuya augusta y dolorosa expresión producía en el alma un enternecimiento mezclado de temor. Lo contempló Tiberio, estendiendo sus manos trémulas á fin de tocar aquella adorable imagen, empero retrocedió cual si un sentimiento de respeto, hasta entonces desconocido, hubiese repentinamente hablado en su corazón. En el mismo instante, incorporándose en su lecho, exclamó:

—Tu Dios, es un Dios poderoso, mujer!... estoy curado.

Seraphia cayó de rodillas y oró en silencio.

Tiberio, despues de una larga páusa, le dijo con dulzura:

—Quédate á mi lado: te daré en Roma una casa y esclavos, y servirás á tu Dios en paz y rodeada de honores y riquezas.

—Solo deseo vivir y morir al lado del sepulcro de mi Maestro.

—Llevarás al menos perfumes para quemarlos en él.

—Los ofreceré por vos al que no habita ya en aquel sepulcro, sino que reina glorioso en el cielo.

—¿No quieres otra cosa?

—Quisiera, señor, que pudiérais confesar la fé de mi Dios, que acaba de daros una prueba de su poder.

—Eso sería abdicar el imperio. Las diviuidades protectoras de Roma se vengarían.

—¿Puede vengarse la nada?

—¡Adios, mujer! Te prometo que mientras yo gobierne en el mundo, no serán molestados los discípulos de Cristo.

Seraphia se volvió á Jerusalem. Los judíos la persiguieron y la encerraron en una prision donde murió de hambre por amor á Jesucristo.

La tradición cristiana ha conservado el recuerdo de aquella mujer pero le da el nombre de *Verónica* de *Veraicon*, verdadero retrato, en memoria de lo que el Salvador hizo por ella.

J. M. G.

GRANADA:—Imprenta de La Madre de Familia.